

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Bosquejos del Antiguo Testamento	1
"Concentración eclesialística" y "Movimiento confesional"	15
Acuerdo entre las Sociedades Bíblicas Unidas y el Secretariado para la Unión de los cristianos, del Vaticano, referente a la edición futura de las biblias	21
La educación superior: ¿La solución, solamente una parte del problema?	26
Los Artículos de Esmalcalda	30
La caída del hombre	35
Bosquejos para Sermones	42

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.
Editor: Fr. Lange.

Núm. 56

Segundo Trimestre - 1968

Año 15

BOSQUEJOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Capítulo 44

DESPRECIO Y DESASTRE

Oseas; 2 Reyes 15 a 17

2 Crónicas 28; Isaías 7 a 9

Jezreel - Lo-ruhama - Lo-ammi, Oseas 1:1-11; 2 Reyes 15:8-31. Por medio del nombre de su hija, Lo-ruhama (que significa "no compadecida"), y del nombre de su hijo Lo-ammi (que significa "no pueblo mío"), que Oseas tuvo con una ramera que había tomado por mujer por orden del Señor, Jehová indicó que su juicio sobre Israel era inminente como causa de su adulterio espiritual. De allí se impuso la turbulenta situación en el Reino del Norte en que sus últimos reyes se sucedieron uno al otro, con una sola excepción, a fuerza del asesinato y de la usurpación (Oseas 1:1-11).

La caída de la dinastía de Jehú (señalada por el nombre "Jezreel") se produjo con el asesinato de **Zacarias** (6 meses) por **Salum** (1 mes). Este, a su vez, fue reemplazado aún más rápidamente por **Manahem** (10 años). Y éste, una vez quebrantada la resistencia de Tirsa y castigada la ciudad con crueldad pagana, logró afirmar su trono mediante la liberación de su pueblo de la primera invasión asiria con un fuerte tributo, pagado a Tiglat-pileser. (El hábil general Pul, también un usurpador, asumió este nombre, ya famoso en los anales de Asiria, cuando derrotó a la anterior dinastía asiria, y lanzó a Asiria otra vez a una carrera de conquista). Pero el hijo de Manahem, **Pekala** (2 años), corrió la misma suerte a manos de uno de sus capitanes. **Peka** (20 años) logró mantenerse en el poder mediante una alianza con Rezín de Siria durante el reinado de Jotam y hasta bien entrado el

reinado de Acaz de Judá. Entonces, fue muerto en la conspiración de Oseas. Durante la guerra de Peka y Rezín contra Acaz, (cuyo relato se encuentra en el capítulo siguiente, y a la cual el rey asirio puso fin) el mismo Tiglat-pileser III subyugó las ciudades del Norte, a ambos lados del Jordán; es decir, en Galaad y en Galilea, toda la tierra de Naftali. A sus habitantes los llevó cautivos a Asiria en la Mesopotamia Superior (1 Crónicas 5:26), lo que señala el principio de la deportación (2 Reyes 15:8-21).

El "ayuda" que despreció Israel, Oseas 2:1 a 14:9. La promesa de ayuda que implica el nombre de Jehová, es el refrán constante de la predicación de Oseas, el grueso de cuyos escritos parece pertenecer al reinado de Manahem. Oseas pinta el cuadro de su tiempo, y en especial el de la historia rebelde de Efraín y las Diez Tribus (capítulos 4-5, 7-10, 12-13; compare **Sugestiones Interpretativas de la Sexta Parte**, "Para **Les Dio Rey en Su Furor**"), en colores tan oscuros como lo pinta Amós, su colega de otro tiempo. Pero Oseas repetidas veces se siente impulsado a pintar un cuadro del amor infinito y ardiente de Dios para con su pueblo, bajo la figura del amor conyugal de esposo y esposa. También se siente movido a suplicar apasionadamente a su pueblo a volver a Jehová y a esperar confiadamente en su ayuda (capítulos 2-3, 6, 11, 14).

Majer-Salai-Hasbaz, Isaías 8:1-22; 2 Crónicas 28:1-7. Por medio de este nombre del hijo de Isaías (que significa, "el despojo se apresura" o "la presa se precipita") el Señor indicó a los fieles de Judá que aquellos que habían despreciado el evangelio, llamado aquí las aguas de Siloé que corren mansamente", habían de ser inundados por las muchas aguas impetuosas de ríos... lo que sucedería a ambas casas de Israel. Porque el Reino del Norte bajo Peka, en alianza con Rezín de Siria, probablemente tenía en mente el propósito de establecer un frente unido contra el poder que amenazaba del Oriente al llevar a cabo las agresiones divinamente inspiradas contra Jotam de Judá (2 Reyes 15:37); y Judá, que bajo Acaz intentó confederarse con el conquistador asirio en lugar de buscar su protección en Jehová de

los Ejércitos, también se enredó en intrigas de orden político (Isaías 8:1-22).

Este es el mismo rey **Acaz** (16 años) por causa del cual Jehová humilló a Judá; porque Acaz desnudó a Judá y cometió gran transgresión contra Jehová al practicar las peores formas de idolatría pagana con todas sus abominaciones, tales como el de hacer pasar a sus hijos por fuego. Rezin [sic!, cf. R. V. o el rey de Edom, cf. R. V. R.] recobró a Elat de los hombres de Judá (2 Reyes 16:6), y llevó una multitud de cautivos, lo mismo que su aliado Peka, después de ocasionar una horrible matanza en Judá, estaban también el hijo de Acaz y dos de sus altos oficiales entre los muertos. Pero los 200.000 cautivos que Israel tomó se devolvieron conforme al requerimiento del profeta **Obed**, y a la insistencia de algunos varones de los principales de Efraín. En su apuro al ser atacado también por los edomitas y los filisteos, Acaz envió tanto los tesoros del templo como los de la casa real a Tiglat-pileser, rogándole que le ayudase. Así menospreció la ayuda del Señor que Isaías le había ofrecido (Isaías 7). El monarca asirio tomó a Damasco, matando a Rezin y deportando a sus moradores a Kir; cosa igual que hizo con las tribus de Israel al este del Jordán y con las residentes en Galilea (2 Reyes 15:29). Reuniéndose con Tiglat-pileser en Damasco, Acaz hizo enviar a Jerusalén, al sacerdote Urías, el diseño de un altar damasco. También dispuso varios cambios en el culto y en el edificio del templo (2 Reyes 16:10-18). Y antes había sacrificado a los dioses (Baalim) de Siria a quienes consideró dioses potentes en su anterior apuro (2 Crónicas 28:23). Entonces, cuando el conquistador asirio, en lugar de fortalecer al reino de Acaz, lo redujo a estrechez y le hizo tributario (2 Reyes 18:7), el rey de Judá despreció aún más la gracia del Señor y cerró las puertas del pórtico del templo, aboliendo así totalmente la adoración de Jehová. Además levantó altares paganos en todos los rincones de Jerusalén, y lugares altos a los dioses en todas las ciudades de Judá. Estos fueron su ruina, y la de todo Israel (2 Crónicas 28:1-27; cf. 2 Reyes 16:1-20).

El "ayuda" que menospreció Judá, Isaías 7:1 a 9:21. Por mandato del Señor, Isaías ofreció a Acáz la promesa de ayuda, ayuda que su nombre implica de manera aún más directa que el de su colega en el Norte, Oseas (Isaías 8:18). La ofreció mediante una señal concreta que Acáz mismo pudo escoger, cuando la agresión de Rezín y Peka le afligió. Ante el anuncio del profeta de que dentro de un período definido el Reino del Norte sería destruido, el rey se excusó con una excusa aparentemente piadosa, y rechazó la ayuda de Jehová. De esta manera Acáz se empecinó en el endurcimiento de su corazón y se cegó a sí mismo respecto a su propia salvación. Esta salvación se efectuaría por medio del mismo Evangelio contenido en la señal que entonces le fue dada, es decir, la señal del Hijo de la Virgen, Emanuel (7:14). El Hijo cuyo nombre se llamaría Admirable, Consejero, el Dios fuerte, el Padre eterno, el Príncipe de Paz había de ser el Rey que se sentaría en el trono de David, y cuyo principado había de ser sobre su hombro, para disponer el reino de David y confirmarlo en juicio y en justicia para siempre (9:6-7). Ya que se descuidó del juicio inminente sobre Israel, y se cegó a la promesa de Emanuel, que ahora había de ser confirmado entre los discípulos del Señor, Acáz encaminó también a Judá en el camino hacia el desastre (8:1-22).

El "día" en Israel, 2 Reyes 17:1-41. Aunque no tan malo como sus predecesores, **Oseas** (9 años) también hizo lo malo: asesinó a Peka, y aunque era vasallo de Salmanasar V de Asiria, conspiró con So (¿Sabaka?) de Egipto. El que dejara de entregar el tributo anual al rey asirio era la causa de su encarcelamiento, y posteriormente del asedio de Samaria. Esa ciudad cayó al cabo de tres años (722 A.C.) en poder del rey de Asiria, Sargón II el Grande, e Israel fue llevado en cautividad a la Alta Mesopotamia Superior y a las ciudades de los medos.

Los versículos 7-22 contienen un resumen de los pecados de Israel. A la gente de Babilonia y de otros lugares, que el rey de Asiria trajo para repoblar la tierra desolada y a los cuales el Señor acosó enviando leones que los mataban, se les concedió uno de los sacerdotes deportados

para que les enseñara la manera del dios de la tierra. De este modo la nueva población (llamados samaritanos) llegó a temer al Señor en cierto modo, mientras también servían a sus propios dioses, según las costumbres de las naciones en las cuales había nacido.

Capítulo 45

UN RESPIRO PARA JUDÁ

Miqueas; Nahum; 2 Reyes 18 a 23

2 Crónicas 29 a 35; Isaías 36 a 39

Habacuc; Sifonías

Los falsos profetas censurados, Miqueas 1:1 a 7:20. Miqueas, colaborador intrépido de Isaías desde el tiempo de Jotam, después de señalar la destrucción inminente de Samaria (1:1-16), censuró a los falsos profetas, que, al desacreditar a los profetas verdaderos, apoyaban los malhechores de Judá, y que, por amor de su subsistencia (livelihood) proclamaban paz y amparaban a los grandes, a los cuales les confirmaban en su seguridad falsa por medio de abusar de la promesa hecha a la casa de Jacob y aun del mensaje de los verdaderos profetas acerca del remanente. "Por tanto", dice Miqueas, "a causa de vosotros Sion será arada como campo, y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte de la casa (Templo) como cumbres de bosque" (2:1 a 3:12). Fue esta última profecía horrenda (diseño) (3:12) que literalmente citaron los ancianos de la tierra en el tiempo de Jeremías, diciendo que fue dirigida al rey Ezequías y a todo el pueblo de Judá; y ellos no mataron a Miqueas, pero Ezequías "oró en presencia de Jehová, y Jehová se arrepintió del mal que había hablado contra ellos" Jeremías 26:18-19).

Lo que Miqueas dijo acerca de los días postreros bien podría haber sido una prédica simultánea que conmovió los corazones tanto de sus conreyentes como el del rey. Miqueas dijo: Las naciones martillarían sus espadas para

azadones, y sus lanzas para hoces, bajo el dominio de la hija de Sion, cuando ella habría sido redimida de Babilonia, y cuando de Belén Efrata saldría aquel que había de ser Señor de Israel, cuyas salidas son desde el principio, desde los días de eternidad (4:1 a 5:15). Asimismo, cuando Jehová suplicó a Israel (6:1-16), por causa de las palabras del profeta el remanente fiel se confesó culpable y dio expresión a su fe, diciendo: "¿Qué Dios como Tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros: sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados" (7:1-20).

Nota: Parece que la ocasión a que se hace referencia en Jeremías 26 fue la coronación de un rey nuevo, y no el asunto con Merodac-baladán catorce años más tarde (Isaías 39:1-8), al cual generalmente se la refiere. Miqueas habló a todo Judá, mientras la ocurrencia de la soberbia de Ezequías parece ser (en todos los tres relatos en 2 Reyes, 2 Crónicas y Isaías) un asunto privado, tratado enteramente por Isaías.

Ezequías escuchó el sermón de Miqueas, 2 Reyes 18:1-6; 2 Crónicas 29:1 a 31:21. Este hijo del impío Acaz y la piadosa (¿?) hija de Zacarías, que empezó su reinado de 29 años seis años antes de la caída de Samaria, otra vez trajo honra a la casa de David, porque inmediatamente destruyó la idolatría, quebrantando también a Nehustán, la serpiente de bronce que había hecho Moisés, y que se adoraba hasta entonces (¿por los enfermos?) (2 Reyes 18-1-6; cf. 2 Crónicas 29:1-2).

En el primer mes (¿del año sagrado?) puso en orden el culto del templo, el cual los levitas limpiaron y santificaron con ahinco. Se ofreció un solemne sacrificio de expiación por todo el reino, por el santuario y por Judá, con acompañamiento de música coral e instrumental, y de salmodía davídica. Este sacrificio era preliminar a la presentación de sacrificios de parte de la congregación que ahora se reanudaba. Los del pueblo llegaron en tan grande número

que los levitas tuvieron que ayudar a los sacerdotes, los cuales no habían sido tan rectos de corazón para santificarse (2 Crónicas 29:3-36).

Al ser restablecido el culto verdadero en el segundo mes (c. Números 9:6), se verificó una gran celebración. En ella participaron con Judá, a la invitación del rey, muchos del reino del Norte y también extranjeros. El pueblo mismo arrojó los altares extraños al torrente de Cedrón. Los levitas en encargaron de sacrificar la pascua por todos los que no se habían purificado, especialmente por los del Norte, lo que el Señor aprobó de acuerdo con la oración del rey. El rey "habló al corazón" (cf. 2 Crónicas 32:6; Isaías 40:2) de todos los levitas que enseñaron el buen conocimiento del Señor [šic], cf. XJV; R.V.R. traduce: "que tenía buena inteligencia en el servicio de Jehová"]. Dos mil becerros y 17.000 ovejas fueron sacrificados por Ezequías y los príncipes de Judá. La fiesta se alargó otros siete días en medio del gran regocijo general. Desde los días de Salomón no había habido cosa semejante en Jerusalén (2 Crónicas 30:1-27).

Al regresar de la fiesta, el pueblo quebró las imágenes y destruyó las imágenes de Asera por todo Judá, Efraín y hasta Manasés. En Judá, después de la reorganización del servicio levítico de acuerdo con la ley, el rey decretó que el pueblo había de dar la porción de los sacerdotes, el diezmo, etcétera; y el pueblo respondió con tan grande abundancia de donativos y ofrendas voluntarias que el sumo sacerdote Azarías, de la casa de Zadok tuvo que preparar cámaras en el templo de acuerdo con el mandamiento del rey para conservarlos (2 Crónicas 31:1-21).

Senaquerib es obligado a retirarse por la oración de Ezequías, la profecía de Isaías y el ángel de Jehová, 2 Reyes 18:13 a 19:37; 2 Crónicas 32:1-8; Isaías 36:1 a 37:38. En el año catorce (¿?) del rey Ezequías, Senaquerib de Asiria ("el Terror de Asia") finalmente subió contra el rey de Judá, el cual, habiendo prosperado en sus guerras contra los filisteos y habiendo tomado Gaza, se había rebelado contra Asiria. Pero ahora, aterrorizado, despojó de sus tesoros al templo y la casa real para satisfacer las demandas afrentuosas del asirio (2 Reyes 18:13-16). Por otro lado, cuando

Ezequías vio que Senaquerib se propuso pelear contra Jerusalén, se preparó para el asedio reparando los muros y otras fortificaciones, y asegurando el suministro de agua; y "habló al corazón" de los refugiados, asegurándolos de la protección de Jehová (2 Crónicas 32:1-8).

Desde Laquis, Senaquerib envió al Tartán (el Tartán era el mariscal asirio) y otros oficiales a exigir el rendimiento de la ciudad. Se desarrolló un intercambio de palabras dramático entre el Rabsaces asirio, parado en el acueducto del estanque de Gehón, y los oficiales de Ezequías en el muro. El asirio se burló de la confianza que Judá depositaba en la ayuda de Faraón (cf. Isaías 20), y en la de Jehová, al cual, dijo, Ezequías había ofendido al quitar sus lugares altos. El mismo Jehová, dijo, había enviado al rey asirio contra Jerusalén. Persistió en usar la lengua de los judíos para incitar al pueblo a rebelarse contra su rey, prometiéndoles abundancia y felicidad en otra tierra, y amonestándolos a tomar en cuenta la suerte de otras naciones, cuyos dioses no pudieron librarlos del conquistador asirio (Isaías 36:1-22; cf. 2 Reyes 18:17-37; 2 Crónicas 32:9-16).

Cuando Eliaquim y Sebna informaron acerca de esto (cf. Isaías 22:15-25). Ezequías, enviándoles a Isaías para su consejo y para solicitar su oración por el "remanente", entró en la casa de Jehová. El profeta contestó que el asirio había de ser perturbado por un simple rumor, y que volvería a su tierra; allí perecería a espada, a manos de sus propios hijos. Al oír el rumor de que Senaquerib había cambiado el lugar de su cuartel general, el Rabsaces se retiró de Jerusalén con su destacamento. Oyendo Senaquerib que se acercaba Tirhaca de Etiopía, envió cartas a Ezequías repitiendo sus demandas. Ezequías extendió las cartas delante de Jehová, dando expresión a su fe en su oración por ayuda, a fin de que todos los reinos de la tierra conocieran que solo Jehová es Dios (¿indica esto que era un estudiante perspicaz de Isaías 40 a 48?; cf. también la expresión "habló al corazón", 2 Crónicas 30:22; 32:6). Entonces le llegó el informe de la contestación de Dios enviada mediante Isaías y expresada en el canto apasionado del profeta en desprecio del terrorismo del conquistador asirio

(cf. 14:24-27; 33:1-24). Senaquerib era en verdad el instrumento de Jehová para castigar a las naciones, pero en este lugar él mismo sería vuelto atrás como un toro enloquecido. La señal para Ezequías había de ser que el país gozaría de cosechas durante dos años sin cultivar la tierra. El enemigo ni siquiera arrojaría saeta en la ciudad. Esa misma noche el ángel de Jehová mató a 185.000 hombres en el campamento de los asirios. Senaquerib volvió a Nínive. Allí al fin fue asesinado por dos de sus hijos; y le sucedió un tercer hijo. Esar-hadon (Isaías 37-1-38; cf. 2 Reyes 19:1-37; 2 Crónicas 32:17-23).

Un capítulo más oscuro en la vida de Ezequías, Isaías 38:1 a 39:8. En aquellos días Ezequías enfermó de muerte de un divieso. Pero cuando lloró con gran lloro delante del Señor fue sanado por Isaías con una masa de higos. Dios le prometió que su vida había de prolongarse quince años más, y le aseguró que no tendría que temer nada de Asiria. En señal de ello, la sombra en el reloj de Acaz volvió diez grados atrás. El rey compuso un cántico de acción de gracias que culmina con estas palabras: "He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a tí agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados" (Isaías 38:1-22; cf. 2 Reyes 20:1-11; 2 Crónicas 32:24-26).

Pero entonces Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enalteció su corazón (2 Crónicas 32:25). Hinchido de auto-satisfacción a causa de las riquezas que había (¿otra vez?) acumulado, con soberbia recibió la embajada de Merodac-baladán, el insurgente rey de Babilonia. Este había enviado cartas y presentes a Ezequías (¿ostensiblemente?) para saber del prodigio que había acontecido en el país (2 Crónicas 32:31). A ellos Ezequías les mostró su riqueza. Era necesario el anuncio severo de Isaías, de que todo este esplendor se reduciría a la nada, y que ninguna cosa quedaría de él, y que los hijos de Ezequías serían llevados cautivos a Babilonia, antes de que volviera Ezequías a su acostumbrada humildad de espíritu y su gratitud anterior por haber sido preservado (Isaías 39:1-8; cf. 2 Reyes 20:12-21; 2 Crónicas 32:27-33).

Un periodo de abominación completa, 2 Reyes 21:1-26; 2 Crónicas 33:1-25. El joven **Manasés** (55 años) echó por tierra toda la obra reformadora de su padre, al introducir de nuevo todas las abominaciones de las naciones, tales como los lugares altos, la adoración de Baal y de todo el ejército de los cielos, y una imagen de Asera en el templo. También pasó a su hijo por el fuego, se dio a observar los tiempos, fue agorero, instituyó encantadores y adivinos y derramó mucha sangre inocente (¿aserró en dos partes a Isaías?), haciendo más mal que todo el que hicieron los antiguos amorreos, que eran especialmente aborrecibles a Jehová. La ira del Señor se descargó en la profecía de que había de extender sobre Jerusalén el cordel de Samaria y la plomada de la casa de Acab; y que limpiaría a Jerusalén como se limpia un plato y se lo vuelve boca abajo (2 Reyes 21:1-18; cf. 2 Crónicas 33:1-9).

En los años posteriores de su reinado, según parecen indicar los anales asirios, Jehová trajo el ejército del rey de Asiria (¿Asurbanipal?) contra Judá, y Manasés fue llevado a Babilonia. Entonces se humilló, imploró al Señor (cf. la apócrifa Oración de Manasés). Fue restaurado a Jerusalén, y en parte reparó el mal que antes había hecho (2 Crónicas 33:10-20). Pero su hijo **Amón** (2 años) imitó el ejemplo malvado de su padre. Murió a manos de sus siervos, los cuales sufrieron la misma suerte a manos del pueblo. Josías heredó el trono (2 Reyes 21:19-25; cf. 2 Crónicas 33:21-25).

Otro grupo de profetas menores, Nahum 1:1 a 3:19; Habacuc 1:1 a 3:19; Sofonías 1:1 a 3:20. Es notable que en el período perverso desde la muerte de Ezequías hasta la reforma de Josías ocurrió la misma progresión del pensamiento profético que se encuentra en los profetas menores anteriores. Esto sugiere que cuando su pueblo experimenta la más honda caída, como sucedió en el paraíso y varias veces más tarde, los primeros pensamientos de Dios son los de compasión y liberación. En los días de la auto-degradación más profunda de Israel bajo Manasés, **Nahum** vio (2:13 a 3:19) la destrucción de Nínive, la ciudad sanguinaria (606 a.C.), como Abdías había visto la del enemigo Edom

en el tiempo de Joram y Atalía. **Habacuc**, como Joel, primero llamó a su pueblo al arrepentimiento, y entonces dirigió su profecía contra los caldeos, que ya estaban amenazando con oprimir a Judá (1:1 a 2:20). Como Amós, **Sofonías** concentró su atención principalmente en su propio pueblo, predicando lo que su nombre significa: "Jehová rechaza" (1:1-18 y 3:1-20). El que la última reforma de Judá fuera llevada a cabo por Josías puede asignarse al mérito de Sofonías, que trabajó durante los primeros años del reinado de aquél.

La reforma de Josías y un respiro para Judá, 2 Crónicas 34:1 a 35:27; 2 Reyes 22:1 a 23:34. Cuando el niño-rey **Josías** (31 años) había alcanzado como 20 años de edad, empezó a los doce años de su reinado a limpiar a Judá y a Jerusalén; e hizo una gira por la región del Norte haciendo lo mismo (2 Crónicas 34:1-2; cf. 2 Reyes 22:1-2). Probablemente al mismo año pertenecen las actividades reformadoras catalogadas en 2 Reyes; es decir, que además de quitar la abominaciones del reino de Manasés, derribó los lugares de prostitución que estaban en la casa de Jehová; profanó a Tofet que estaba en el valle del hijo de Hinom, donde se los hizo a los hijos pasar por fuego como ofrenda a Moloc; quitó los caballos y los carros del sol de delante de la entrada del templo de Jehová; y profanó los lugares altos que Ealomón había edificado a Astoret, a Quemos y a Milcom. De especial importancia fue la destrucción del altar que estaba en Bet-el, ya que en dicho acto cumplió literalmente la profecía del varón de Dios que vino de Judá para clamar contra el altar de Joroboam I (1 Reyes 13:2); pero los huesos del profeta y de su colega no los movieron (2 Reyes 23:4-20; cf. 2 Crónicas 34:3-7).

A los trece años del reinado de Josías, el profeta **Jeremías** fue llamado a su obra (Jeremías 1:2).

Mientras se reparaba el templo a los 18 años del reinado de Josías, fue hallado el libro de la ley. Abrumado por las palabras del libro, Josías envió a consultar a Jehová por medio de la profetisa (¿anciana?) Hulda, que moraba en el segundo barrio de Jerusalén. Ella bendijo el cumplimiento de todas las maldiciones de Moisés; es decir, que Jeru-

salén y sus moradores habían de ser hechos una desolación y una maldición. Pero Josías, por cuanto se había humillado, no había de ver todo el mal, sino que había de ser recogido con sus padres en paz. El rey reunió a su pueblo, y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro, y juntamente con ellos hizo pacto delante de Jehová (2 Crónicas 34:8-33; cf. 2 Reyes 22:3 a 23:3). En el mismo año se verificó otra celebración solemne de la pascua, cual no se había celebrado en Israel desde los días de Samuel (2 Crónicas 35:1-19; cf. 2 Reyes 23:21-23). Pero Jeremías 11 indica que ni aún la reforma radical de Josías pudo efectuar un cambio verdadero en el corazón del pueblo.

Trece años más tarde, cuando Necao de Egipto subió para hacer guerra en Carquemis junto al río Eufrates para arrebatar del imperio asirio que estaba en proceso de desmoronamiento, las antiguas posesiones de Egipto en la Siria, Josías salió con su ejército contra el Faraón. Este, repudiando todo designo contra Judá, le advirtió que no se opusiera a Dios, quien, dijo, le había dicho que se apresurase. Pero Josías no atendió a las palabras de Necao, que eran de la boca de Dios. En la batalla de Meguido (609 a.C.) fue derrotado y fatalmente herido. Al lamentar su muerte en Jerusalén, todo Judá y los cantores lo endecharon con Jeremías (2 Crónicas 35:20-27; cf. 2 Reyes 23:28-30; Jeremías 22:10).

Joacaz (3 meses), el cuarto hijo de Josías (que se llama Salum en 1 Crónicas 3:15 y Jeremías 22:11-12) hizo lo malo; y fue hecho rey en el lugar de su padre por el pueblo. Pero pronto lo destituyó Necao, el cual lo llevó de Ribla a Egipto, donde murió en cautividad (Ezequiel 19:1-4). Imponiendo un tributo fuerte a Judá, el Faraón puso a Eliaquim, el segundo hijo de Josías, por rey, el cual le dio el nombre de Joacim. Este también hizo lo malo ante los ojos de Jehová (2 Reyes 23:30-37; cf. 2 Crónicas 36:1-4).

“No hubo otro rey antes de él (Josías), que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual. Con todo eso, Jehová no desistió del ardor con que su gran ira se había encendido contra Judá,

por todas las provocaciones con que Manasés le había irritado. Y dijo Jehová: "También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel, y desearé a esta ciudad que había escogido, a Jerusalén, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre estará allí" (2 Reyes 23:24-27).

La principal lección que podemos extraer de la historia del reino dividido durante los primeros tres siglos de división, como la tenemos detallada en los libros de los Reyes y 2 Crónicas; es decir, a partir de la división hasta la caída de Samaria, es la siguiente: Es la indiferencia y la hipocresía lo que finalmente lleva al pueblo de Dios al desastre y a la destrucción.

Por cierto, la diabólica Jezabel corrompió por completo el reino del Norte, y mediante su hija Atalía, también el de Judá. No obstante, al fin y al cabo la maldad que prevalecía en aquellos días no era sino la fétida erupción de un mal aún más profundo, a saber, "los pecados de Jeroboam". Y, aunque fue una lucha espectacular la librada entre las fuerzas de la justicia concentradas en la persona solitaria de Elías y las fuerzas del mal representadas por la reina pagana, a la cual el cronista de los libros de los Reyes dedica mucha atención; fue una lucha igualmente difícil y aún más inútil la que sostuvieron los primeros profetas literarios contra la indiferencia y la hipocresía de las generaciones posteriores, pese al marco exterior de un aparente mejoramiento. "Los pecados de Jeroboam" es la expresión sucinta para esa hipocresía, y es también el constante estribillo del cronista algo realista. Esta hipocresía despertó la ira de un hombre honrado como Amós, y a sus escritos, juntamente con los de los demás profetas, es preciso volver para obtener un concepto claro de aquellos tiempos y un entendimiento más perfecto de las causas que aceleraron la venida del día de Jehová.

El que Dios enviara a Jonás a Nínive era el preludio, por decirlo así, a los acontecimientos venideros, y dirige nuestra mirada hacia el Oriente, en donde se estaba formando la tempestad que había de arrastrar al pueblo escogido.

La deportación de las tribus del Norte por los asirios indudablemente era un claro toque de clarín para Judá, llamándola al arrepentimiento. Pero ni esto, ni la súplica continua de los profetas, ni las varias reformas que se llevaron a cabo eran una garantía de que se le concedería otra oportunidad a Judá. Al contrario, la casa de David también tenía que caer, y su tabernáculo destruido había de ser reedificado por aquel Renuevo prometido, el verdadero Siervo de Jehová.

A los personajes destacados en la historia de Israel de quienes hemos hecho mención especial, es decir a Abram, Moisés y Elías, agregamos por último a Isaías, el más grande de los profetas que apareció en escena justamente a la mitad del tiempo entre Sinaí y Calvario (hacia 750 a.C.). Fue testigo de la caída de Samaria y el heraldo del desastre que esperaba a Judá. Desde esta posición ventajosa de la historia, contempló lo pasado y escudriñó lo futuro con mayor claridad de visión que ningún otro, antes o después de él. Profirió al mismo tiempo la más tremenda y la más suplime de las profecías. Por esta predicación y su efecto divinamente ordenado, se ha de considerarlo como el máximo exponente tanto de la ley como del evangelio en el Antiguo Testamento.

Isaías era un grande historiador y estadista también. Si esto lo calificó para ser el predicador del endurecimiento, o vice versa, no tiene que preocuparnos aquí. Lo que podemos observar es que de igual modo que opinamos de Elías, así este profeta no podría haber sido el predicador del juicio sin el profundo entendimiento del evangelio que alcanzó. La misma riqueza de su mensaje había de endurecer los corazones de su pueblo. Aquella misión divina que tuvo la predicación de Isaías no nos debe inquietar si recordamos que aun cuando el evangelio se hizo carne en la persona de nuestro Salvador, también Él estaba puesto tanto para la caída como para el levantamiento de muchos en Israel (San Lucas 2:34).

A la luz de los comentarios de los profetas, las reformas que se implantaron varias veces no fueron todo lo que una

lectura de paso de los libros históricos podría sugerir. El hecho de que hombres buenos como Ezequías y Josías no supieran leer correctamente las señales del tiempo, es de por sí un indicio de que el juicio ya había caído sobre la casa de David.

II FIN DE LA NOVENA PARTE

II

"CONCENTRACION ECLESIASTICA" Y "MOVIMIENTO CONFESIONAL"

En la localidad de Sittensen situada en el norte de Alemania entre Hamburgo y Bremen y ya conocida por la disputation pública de 1964 entre el prof. Fuchs de Marburgo como representante del bultmanianismo, y el teólogo conservador W. Kuenneth de Erlangen, sobre la resurrección de Jesús; hubo de nuevo una reunión de teólogos luteranos de Alemania y además del área escandinava, como testimonio del movimiento confesional; es ésta una acción cuyos resultados y consecuencias difícilmente pueden preverse. El propósito de esta reunión de 120 teólogos y otros tantos huéspedes bajo la guía del obispo sueco Bo Guierz de Goeteborg era el siguiente: "La concentración eclesiástica alrededor de la Biblia y la Confesión en Escandinavia y Alemania en colaboración con el movimiento confesional "Ningún Evangelio" trata de encontrar la comprensión clara en problemas que se hicieron inseguros en la situación teológica actual: revelación, Escritura, Ecclesia".

En la mencionada reunión disertaron el prof. Dr. Soerre Aalen, Oslo, sobre "la revelación de Cristo y la investigación científica"; el prof. D. Dr. Walter Kuenneth, Erlangen, sobre "cristología como problema de hoy"; el prof. Dr. Martín Wittenberg, Neuendettelsau, sobre "la relación entre la historia y la palabra en el Antiguo Testamento"; el prof. Dr. Joachim Heubach, Preez, sobre "espiritualidad e historicidad de las Sagradas Escrituras"; el prof. D. Dr. Karl Heinrich Rengstorf, Muenster, sobre "el concepto de la iglesia y con-